

MITOS SOBRE EL ORIGEN DEL FUEGO

SIR JAMES FRAZER.

Se extractan a continuación el prefacio y una parte del capítulo III del fundamental libro de Frazer, como adelanto de una traducción in progress.

El prefacio constituye la más clara enunciación del evolucionismo frazeriano, con su particular teoría de los "tres estadios". En cuanto al trozo elegido del cap. III, se ha seleccionado con vistas a servir de ejemplo de pensamiento metamórfico, siendo también en este trozo donde Frazer enuncia, de manera más clara que en otras partes, algo parecido a lo que Levy-Bruhl denominó la "participación mística".

De ambos trozos se ha suprimido por igual el aparato de notas, dado su carácter de mera muestra ejemplar.

Alberto Cardin.

PREFACIO

La mitología puede tal vez definirse como la filosofía del hombre primitivo. Es el primer intento de dar respuesta a las preguntas generales acerca del mundo que se han venido imponiendo al intelecto humano desde los primeros tiempos y seguirán haciéndolo hasta el fin. La tarea, pues, que tiene ante sí quien se interroga es idéntica a la que más tarde asumen los filósofos, y en un estadio más reciente los científicos. Rodeados de misterios por todas partes, nos vemos empujados por un invencible instinto a levantar el velo que parece esconderlos, con la esperanza de que, una vez desvelados, puedan revelar el gran secreto que generación tras generación los indagadores han pretendido descubrir. Se trata de una búsqueda sin fin, una interminable sucesión de sistemas, míticos, filosóficos, científicos, confiadamente propuestos, esforzadamente defendidos como fortalezas construidas para la eternidad, dotadas del instantáneo brillo del arco iris por un tiempo, para después reventar y desvanecerse como telarañas bajo la luz del sol o burbujas en las aguas

de un río. Así ha sido siempre, y así será: no incumbe al filósofo ni al naturalista tirar piedras contra el tejado de su predecesor, el fabricante de mitos. El propio Platón no dudó en emplear elementos míticos para rellenar los huecos de su propio sistema: elementos que, por ligeros y etéreos que puedan parecer, han acabado por sobrevivir a la misma estructura a la que supuestamente debían servir de apoyo. A este supremo constructor de puentes mitológicos -a este Pontifex Maximus- debemos los vuelos de fantasía angélica que llenan el Fedro y el sublime símil de la caverna que encontramos en La República.

De este modo, para que la historia de la filosofía, y hasta la de la ciencia, queden verdaderamente completas, deberían empezar con un estudio de la mitología. La importancia de los mitos como documentos del pensamiento humano embrionario es actualmente reconocida por todos, y se los recopila y compara actualmente, no ya por pura curiosidad ociosa, sino por mor de la luz que arrojan sobre la evolución intelectual de nuestra especie. En esta tarea de recopilación y comparación es mucho aún lo que queda por hacer antes de que todos los mitos del mundo puedan quedar recogidos y clasificados en un Corpus Mythorum, en el que, como en un museo, estos fósiles del intelecto puedan ser exhibidos para ilustrar los estadios tempranos del progreso del pensamiento, desde sus bajos comienzos hasta cimas aún desconocidas. Junto con mis otros escritos, ofrezco este ensayo como una contribución a la paleontología del intelecto humano que aún está por escribirse.

J.G. Frazer

8 de diciembre de 1929.

CAPITULO III

EL ORIGEN DEL FUEGO EN AUSTRALIA

Algunos de los aborígenes de Victoria "tienen una tradición según la cual el fuego, en su forma útil y no dañina, pertenecía en exclusiva a las cornejas que habitan las Montañas Grampianas; y, puesto que estas cornejas lo consideraban de gran valor, a ningún otro animal permitían prender lumbre con él. Un día, sin embargo, un pequeño pájaro llamado Yuuloin kiar -"reyezuelo cola-de-fuego"- viendo que las cornejas se divertían lanzando al aire astillas encendidas, tomó una al vuelo, y escapó con ella. Un halcón llamado Tarrakukk arrebató la astilla al reyezuelo, y prendió fuego a todo el país. De entonces acá siempre ha habido fuegos de los que obtener lumbre".

La mención de las Montañas Grampianas, que se hallan situadas al Sudoeste del Estado de Victoria, parece mostrar que esta historia era habitual entre los indígenas de este territorio. Pero un relato similar aparece documentado entre los aborígenes de Gippsland, en el extremo sudoriental de Victoria. Según ellos, hubo un tiempo en que los indígenas no disponían de fuego. La gente se hallaba sumida en un triste estado de postración. No tenían modo de cocinar su comida, y no había fuego de campamento en el que calentarse cuando el tiempo se ponía frío. El Fuego (to-w-er-a) estaba en posesión de dos mujeres que no sentían gran aprecio por los negros. Guardaban el fuego con gran celo. Un hombre que sentía afecto por los negros determinó conseguir fuego de las mujeres, y para conseguirlo simuló tener gran aprecio por ellas, acompañándolas en sus desplazamientos. Un día, aprovechando una ocasión favorable, robó el palo del fuego, se lo escondió a la espalda, y desapareció con él. Retornó entre los negros y les entregó el fuego que había robado. Desde entonces lo consideran un benefactor. Actualmente es un pequeño pájaro con una marca roja sobre la cola, que es la marca del fuego.

En este relato de Gippsland, el pajarillo con la marca roja en la cola es sin duda el mismo "reyezuelo cola-de-fuego" del cuento anterior. Pero la leyenda ha sido racionalizada mediante la representación del ladrón del fuego como un hombre que luego se transformó en pájaro. Una versión más abreviada de la misma historia cuenta que "el fuego, según las tradiciones de las gentes de Gippsland, lo obtuvieron hace tiempo sus antepasados del bimba-mrit (pinzón cola-de-fuego) de un modo muy curioso".

Lejos de Gippsland, en el Norte de Queensland, los nativos de manera similar asocian el fuego con el mismo pájaro. En otro tiempo, según los nativos de Cape Grafton, en la costa oriental de Queensland, no había fuego en la tierra: así que Bin-yir Bin-yir, un reyezuelo de lomo rojo (Mal rus sp.) subió hasta los cielos para conseguirlo. Tuvo éxito, pero para que sus amigos en la tierra no se aprovecharan también de ello, lo escondió bajo su cola. Preguntado a su vuelta cómo le había ido el viaje, el reyezuelo le dijo a su amigo que su búsqueda había sido infructuosa, al tiempo que le sugería que intentara extraer fuego de diversos tipos de madera. Su amigo se puso a trabajar con maderas de diverso tipo, intentando extraer la llama mediante un movimiento de fricción giratoria de un trozo sobre otro. Pero trabajó en vano y terminó dándose por vencido. Pero, cuando desanimado se daba la vuelta estalló en risas. Preguntándole Bin-yir Bin-yir por qué reía, dijo: "porque tienes fuego pegado a la punta de tu rabo", refiriéndose a la mancha roja del lomo del pájaro. Bin-yir Bin-yir se vió entonces obligado a admitir que había conseguido el fuego, y terminó enseñándole a su amigo de qué madera concreta había que extraerlo.

Resulta así que en dos versiones de esta historia el pájaro portador del fuego es un reyezuelo, y en otra es descrito como un pinzón. Puesto que no parece haber reyezuelos en Australia, conjeturo que el pájaro en cuestión es el pájaro de matorral Atrichornis, ave del tamaño de un tordo, que vive en las zonas de más espeso matorral o bosque bajo de Australia. Dos especies se conocen de este ave, el A.clamorosa

y el A.rufescens. El primero, de mayor tamaño, es marrón por arriba, estando cada pluma moteada por una sombra de color más oscuro; la garganta y la panza son de color blanco-rojizo, y muestra una gran mancha negra en el pecho; los flancos, por su parte, son marrones, y las plumas caudales de un color pajizo. El A.Kufescens muestra el blanco y el negro de las partes frontales cambiados en marrón, teniendo moteado con idéntica sombra el plumaje del lomo. Lo rojizo de las plumas caudales de este pájaro vendría a explicar la historia de que había escondido el fuego bajo su cola: aparentemente el relato es tan sólo un mito destinado a explicar el color del plumaje del pájaro.

En otras leyendas australianas no es un pájaro tipo reyezuelo, sino un halcón, el que figura como primer portador del fuego. Dicha leyenda dice lo que sigue: Hace tiempo, un pequeño bandicot era el único poseedor de una brasa que cuidaba con el mayor celo, llevándola consigo a todas partes y sin dejársela ver a nadie. Por lo cual, los otros animales celebraron un consejo en el que resolvieron quitarle el fuego al bandicot por las buenas o por las malas. El halcón y la paloma fueron delegados para llevar a efecto la resolución. Todos sus esfuerzos por convencer al bandicot de que compartiera el fuego con sus vecinos resultaron fallidos, y la paloma creyendo en un momento que el bandicot estaba descuidado hizo un intento de cazar la brasa al vuelo. Enojado, el bandicot la tiró al agua, con ánimo de apagarla para siempre. Pero el avizor halcón, que husmeaba no lejos de allí, se arrojó en picado sobre la brasa antes de que ésta tocara el agua, y con un certero golpe de su ala alejó a la brasa del río y la lanzó sobre el reseco herbazal de la orilla opuesta. La hierba se encendió, y las llamas se extendieron por todo el país. Los negros vieron entonces por primera vez el fuego, y vieron que era bueno.

También, entre las tribus de Nueva Gales del Sur, hay, o solía haber más bien, una extendida tradición según la cual la tierra estaba en otro tiempo poblada por una raza mucho más poderosa, especialmente en lo que hace a las artes má-

gicas, de la que ahora la habita. Esta raza recibe nombres distintos en las distintas tribus. Wathi-wathi, los llaman los bukumuri, y dicen de ellos que terminaron convertidos en animales. La historia del origen del fuego, reza así: éranse una vez dos bukumuri que eran los únicos poseedores del fuego; uno de ellos era kurambin, es decir, una rata de agua; y el otro era Pandawinda, es decir, un arenque. Los dos celosamente guardaban el secreto del fuego en un espacio abierto entre los juncales del río Murray. Muchos esfuerzos hicieron los restantes bukumuri y la actual raza de los hombres para obtener una chispa de fuego, pero todo fué inútil, hasta que un día Karigari, esto es, el halcón, que por supuesto originariamente era un bukumuri, descubrió a la rata de agua y al arenque cocinándose unos moluscos, que habían pescado en el río. Volaba a tal altura que aquéllos no podían verle, y provocó entonces un torbellino que soplara entre los juncos secos, dispersando el fuego en todas direcciones, de modo que pronto todo el juncal se vió envuelto en llamas. El incendio se extendió hasta el bosque cercano y dejó amplios espacios de bosque quemado, donde nunca más han vuelto a crecer árboles. Esta es la razón de que hoy se vea al río Murray discurrir en medio de anchas llanuras peladas, que en otro tiempo estuvieron cubiertas de bosque.

Los ta-ta-thi, otra tribu de la misma región, cuentan un cuento similar. Dicen que la rata de agua, a la que llaman Ngworangbin, vivía en el río Murray y tenía una gran cabaña, donde guardaba el fuego para cocinar los moluscos que pescaba en el agua. Guardaba este fuego con todo celo. Pero un día, mientras se hallaba en el río recogiendo moluscos, una chispa saltó de su fuego, siendo capturada por un halcón enano (kiridka), quien, teniendo dispuestos ya algunos materiales inflamables, prendió un fuego, por medio del cual incendió, no sólo la choza de la rata de agua, sino una gran porción de bosque. De ahí que las llanuras de los alrededores estén hoy tan peladas. Pero lo cierto es que desde entonces los negros saben cómo procurarse el fuego por frotamiento.

Según los kabi, tribu del Sudeste de Queensland, el áspid sordo (Mundulum) era el único en otro tiempo que poseía el fuego, guardándolo celosamente en su interior. Todos los pájaros trataban en vano de hacerse con él, hasta que el halcón enano poniéndose delante de él empezó a hacer unos gestos tan ridículos que el áspid no pudo menos de echarse a reír. El fuego entonces salió de su boca y pasó a ser propiedad común de todos.

En el territorio de la tribu Warramuga de Australia Central, al Sur de los Montes Murchinson, pueden verse crecer dos esbeltas acacias en las riberas de un lecho seco. Los nativos dicen que dichos árboles marcan el lugar donde dos antepasados halcones hicieron fuego por primera vez frotando dos trozos de madera. Los nombres de esos halcones ancestrales son Kirkalanyi y Warra-pulla-pulla. Aunque eran pájaros fueron los primeros en hacer fuego en esta parte del país. Siempre llevaban consigo sus palos de fuego, y un día Kirkalanyi hizo un fuego mayor de lo que pretendía, a resultas del cual él mismo resultó abrasado, y murió. Muy entristecido por este accidente, Warra-pulla-pulla partió en dirección de lo que actualmente es el Estado de Queensland, y nunca más se volvió a saber de él. Apareció por entonces la luna, que era en aquellos días un hombre que vagaba por la tierra. Se topó con una mujer bandicot cerca del lugar donde Kirkalanyi había encendido su fuego, y se fué a dar una vuelta con ella. Durante su paseo, fueron a sentarse sobre un montón de tierra de espaldas al fuego, y tanto tiempo pasaron charlando que no se dieron cuenta hasta que las llamas estaban ya lamiéndolos. La mujer bandicot quedó gravemente quemada y se desvaneció en el aire, o murió al poco; el hombre-luna, no obstante, gracias a sus poderes sobrenaturales, consiguió volverla a la vida o a la consciencia, y ambos se fueron juntos al cielo. "Es un rasgo curioso", comenta Sir Baldwin Spencer, "que en todas estas tribus la luna sea siempre representada como un hombre, mientras el sol se representa como femenino".

Los mara, tribu que habita en la costa sudoccidental del golfo de Carpentaria, tienen una tradición según la cual, en los antiguos tiempos, había un gran pino que con su copa llegaba a tocar el cielo. Todos los días hombres, mujeres y niños subían y bajaban del cielo por medio de este árbol. Un día, mientras se hallaban arriba encaramados, un viejo halcón llamado Kakan descubrió el modo de hacer fuego frotando giratoriamente un palo sobre otro. Pero, en una pelea que tuvo con un halcón blanco, todo el país resultó incendiado, y el pino desgraciadamente también se quemó, de modo que la gente que en ese momento estaba en el cielo no pudo volver más a la tierra, y desde entonces viven en el cielo. Estas gentes tenían cristales incrustados en sus cabezas, codos, rodillas y demás articulaciones, y el destello de esos cristales en medio de la noche es el que produce las luces que llamamos estrellas.

En estas leyendas australianas no resulta fácil distinguir entre la concepción del primer hacedor de fuego como pájaro y su concepción como hombre que meramente llevaba un nombre de pájaro o se asimilaba a un pájaro en otros sentidos. La dificultad se debe a la confusión entre animales y hombres que el totemismo fomenta, si no crea, en el pensamiento del salvaje. Al identificar a los hombres con sus animales totémicos, los nativos australianos parecen perder el poder de discernir entre ellos; y si se les preguntara, por ejemplo, en un relato sobre las aventuras de un canguro, si se trataba del canguro animal o de un hombre que tenía al canguro por tótem, podrían no ser capaces de responder, ni posiblemente de comprender siquiera la pregunta.

(Traducción: Alberto Cardín)